

Jesucristo, camino de Solidaridad

José María Vigil, cmf.

I. En torno al Sínodo...

a) ...«de» los obispos

En principio, el Sínodo es «de» los obispos. Quiere decirse que es una asamblea episcopal. Los que no somos obispos no tenemos entrada en esa asamblea. Y por eso, en algún sentido, hay que respetar esa cierta «privacidad». «Con ocasión del Sínodo», también los demás miembros del Pueblo de Dios podemos reflexionar sobre el tema que ellos se han propuesto abordar, pero no debemos hacerlo necesariamente con la intención de señalar lo que deben hacer o decir allí. Eso es cosa de ellos, y el Sínodo es su oportunidad, su turno.

En este sentido es de saludar la iniciativa que los religiosos canadienses han tenido de poner en marcha un «Synodus Virtualis Populi Dei» en forma de servidor de lista en Internet: no ya para inmiscuirse en el Sínodo de los obispos, sino para hacer nosotros -el resto del Pueblo de Dios- nuestro propio «Sín-odus», nuestra «convergencia de caminos», precisamente por ese medio cibernético que significa la revolución de las comunicaciones: por primera vez en la historia, ya no es necesario reunirse físicamente para hacer un sínodo; ahora podemos hacer confluir nuestros caminos virtualmente y dialogar telemáticamente desde todos los puntos del planeta con la misma o mayor eficacia que en la reunión física.

Creo que, afortunadamente, nos hemos desprendido de ese afán de «influir» en el Sínodo. Estamos más bien a la expectativa, esperando que los obispos den su nota el próximo mes de noviembre.

b) ...«para» los obispos

Por lo demás, esta actitud puede deberse también a las circunstancias que rodean este sínodo: los cauces de participación han sido casi inexistentes, limitados a un cuestionario en torno a los **Lineamenta**, ofrecido casi sin tiempo para contestar. Lo que se ha echado de ver por todo el continente ha sido un desconocimiento masivo y una gran apatía allí donde ha sido conocido. Es la hora de postración psicológica y espiritual en que vivimos, pero es también la forma en que se ha llevado a cabo: el Sínodo viene desde arriba, y viene como ya hecho, con un cronograma que evidencia que no se trata tanto de recabar la opinión de las Iglesias locales (¿fue realmente convocado y se le dio participación al CELAM?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿hasta qué punto?) cuanto de cumplir un programa, una decisión tomada, con un objetivo de fondo ante el que en realidad no importa lo que se vaya a decir. ¿Estamos realmente ante un Sínodo en el sentido de lo que históricamente han sido estas Asambleas? ¿O se pretende otra cosa? ¿Sería más bien una especie de homenaje al Papa? ¿O una manera triunfal de concluir un pontificado con cinco sínodos continentales precipitadamente celebrados? ¿Un elemento más de los festejos del 2000? Se dice a voces que en la misma curia vaticana hay discrepancias al respecto hasta en los más altos niveles. Sea lo que sea, si queremos ser honestos habremos de decir que el horizonte no es muy halagador.

No ayuda mucho el precedente del Sínodo «para Africa en Roma», como fue llamado el celebrado hace poco. De éste ya nadie habla ni escribe ni lee, y se dice que de él no quedó nada prácticamente, excepto la agradable experiencia de una «convivencia fraterna muy gratificante». Pocos son los que esperan con ansiedad o

esperanza que este sínodo para América diga una palabra iluminadora; son más los que piensan que se trata de otra cosa. Y no deberíamos extrañarnos de ello: estamos en tiempos adultos y hay que asumir las responsabilidades de cada quien.

Lo dicho: estando las cosas como están, es mejor dejar a los señores obispos que nos den su palabra en noviembre; mientras, nosotros reflexionamos «syn-odalmente» pero libres de caer en la tentación de pensar por los demás o de sentar cátedra sobre qué deben decir otros. Pensemos simplemente como religiosos, es decir, como no pertenecientes a la estructura jerárquica de la Iglesia (y por eso libres de muchas cosas) y como pertenecientes más bien a su santidad (y que se note). Y ojalá que el «Synodus Virtualis Populi Dei», emigrado a ese espacio libre que es el cyberespacio (¿seguirá siendo por mucho tiempo canónicamente libre?) se haga permanente, porque no se hace para influir a los obispos -que no lo necesitan- ni para cumplir ningún cronograma de cara al 2000, sino simplemente para salir al encuentro de esa necesidad natural de «juntar nuestros caminos».

Pues bien, nosotros los latinoamericanos nos empeñamos en creer de una manera encarnada, que arranca de la escucha de la palabra que Dios nos dirige en la historia, y termina volviendo a la realidad histórica para encarnar en ella esa palabra escuchada. Nosotros no podemos dejar la realidad fuera de nuestra reflexión de fe, porque ello equivaldría a abandonarla a los dioses de este mundo. Para nosotros, la realidad histórica, con todas sus dimensiones, es también una realidad espiritual, en la que Dios mismo nos interpela. Por eso -dicho sea de paso- la cuestión del método es algo más que metodológica: es teológica, y hasta teologal; depende del Dios en que creamos.

Siguiendo pues nuestro método teológico y espiritual, en una primera parte haremos, de entrada, un breve «análisis de la coyuntura», en el que, desde nuestra fe, estaremos leyendo tanto la coyuntura socio-económico-política, como la coyuntura de la historia salvación. En

una segunda parte iluminaremos esta situación y nuestra tarea ante ella con la luz de Jesús, con «su forma de creer», concretamente. En la tercera, como es lógico, trataremos de sugerir algunas pistas de acción.

II. El Continente a solidarizar

Para sugerir, aunque sea brevemente, el estado actual de la coyuntura latinoamericana de cara a la solidaridad, nos preguntamos pues: ¿cómo está ese Continente para el que Jesucristo puede o debe ser camino de solidaridad? ¿Cuáles serían los rasgos más notables de la situación actual, que desafían nuestra fe en Jesús como «solidarizador» de esta América? Tres rasgos destacaríamos como más relevantes para describir sintéticamente esta coyuntura actual: mundialización, neoliberalismo y depresión psicosocial.

a) la mundialización

Se trata de un fenómeno que calificaríamos como simplemente infraestructural o tecnológico, es decir, no ético inicialmente. La mundialización (denominada habitualmente, con evidente anglicismo, como «globalización») obedece a una transformación vertiginosa de las condiciones técnicas y tecnológicas que en este final del siglo XX han conseguido unas posibilidades consideradas hace sólo unas décadas como de «ciencia ficción». Sobre todo en el campo de las comunicaciones y telecomunicaciones, en lo que se llama habitualmente la «revolución de las comunicaciones», la unión del mundo a escala planetaria en tiempo real es ya una realidad que, además, se está democratizando ampliamente. El mundo se hace pequeño. Las finanzas, el mercado, la producción... se han hecho mundiales. Las sociedades se acercan más y más hasta el punto de verse obligadas a integrarse en una nueva sociedad más global. La mundialización no es simplemente una internacionalización mayor; es más bien la aparición de un único sistema mundial en el que todos nos

afectamos a todos a escala planetaria. El «sistema mundo», como dicen los sociólogos.

Expresamente llamamos aquí mundialización sólo al fenómeno infraestructural o tecnológico, prescindiendo del carácter neoliberal que de hecho está tomando en la realidad: la mundialización, en sí misma, no es ni buena ni mala sino simplemente instrumental, y puede ser puesta al servicio tanto del bien como del mal. Pero puede por tanto ser puesta también al servicio del bien: se podría mundializar ahora -mucho más que en toda la historia anterior- el amor, la solidaridad, la fraternidad, los derechos humanos, la distribución igualitaria de los medios de subsistencia de la humanidad... En ese sentido, estamos en un tiempo mejor que ningún otro para la solidaridad...

Ahora bien, la mundialización que concretamente ha cristalizado en el planeta ha sido hegemonizada por el capital y por la ideología neoliberal. Así, lo primero y lo que más se ha mundializado es el capital financiero internacional, mundialización que está hoy a la base de todas las demás. La cultura se homogeneiza¹ y los estados nacionales desdibujan sus fronteras ante esa unidad hermética que ha adquirido el mundo en ese nivel económico infraestructural. Vamos a seguir utilizando pasaportes durante algún tiempo todavía, pero va a ser más como práctica de control policial que como pertenencia a países realmente diferentes; estamos ya, desde hace un buen tiempo, en un

¹ La segunda industria de EEUU, después de la de los aviones, es la industria cultural: discos, casetes, filmes, videos.... El 90% de las películas que se ven en Tailandia, por ejemplo, son estadounidenses y hacen inevitablemente una apología del american way of life. Un acoso semejante sufre la misma industria cinematográfica y televisiva europea. Los jóvenes de cualquier cultura en este planeta se confrontan con la imposición de una cultura dominante que es presentada unánimemente por los más como el espejo en el que todos han de mirarse; muchos jóvenes no conocen su país ni las tradiciones de su cultura, pero conocen las calles de Manhattan, los artistas de Holliwood, la última música estadounidense o las noticias simplemente banales de la vida diaria de EEUU. Estamos sufriendo de hecho una colonización cultural.

único país mundial (la «aldea mundial» de McLuhan, ahora más real que entonces). La mayor parte de nuestras categorías de pensamiento estaban articuladas sobre un concepto de país o de nación soberana que hoy ya no existe; ello exige rearticulaciones y replanteamiento de nuestras categorías.

b) el neoliberalismo (NL)

Es otro gran rasgo del mundo de hoy. Y éste no es nada neutro éticamente, sino gravemente antiético.

El NL, en primer lugar, no es más que el capitalismo llevado al extremo: conviene no olvidar esto. Porque el descalabro del socialismo real no absuelve al capitalismo también real de los pecados que tan claramente le habíamos señalado en las décadas pasadas y que hoy no han hecho sino agravarse. Ahora que se ha radicalizado el capitalismo, paradójicamente, muchos le han absuelto de sus atávicos pecados, de los que él de ninguna manera se ha arrepentido.

En medio de la debilidad de la izquierda en general y de los movimientos populares en particular, el auge del capitalismo significa una avalancha del capital contra el trabajo, del norte contra el sur, de las élites internacionales contra las mayorías que ellas juzgan «sobrantes». Estas élites abogan por una economía puesta a ultranza al servicio del crecimiento macroeconómico, aunque saben que éste lleva aparejado una expulsión del mercado de trabajo de enormes masas humanas que quedan así en una situación de exclusión verdaderamente infrahumana.

En un momento de extrema debilidad de los movimientos populares que en las décadas anteriores impusieron un fuerte correctivo al capitalismo, el NL camina a sus anchas, sin contrincante, sin preocupación por tener al menos un rostro humano. Y el alineamiento de los medios masivos de comunicación con su ideología es tal que hoy el NL se sostiene democráticamente: los mismos pobres excluidos y

sumidos crecientemente en su miseria lo aclaman en las elecciones como el camino seguro de progreso. «Estamos mal, pero vamos bien», acaban pensando los pobres al introyectar la ideología del capital. La insolidaridad ha triunfado, aclamada incluso por sus propias víctimas.

El NL tiene un claro sesgo ideológico (en el sentido negativo de justificación racional de intereses ocultos): consiste fundamentalmente en medidas económicas liberalizadoras allí donde éstas benefician a los países ricos, y medidas proteccionistas allí donde la liberalización perjudica a los países ricos. Porque el mercado libre, en realidad, no existe, ni nadie lo practica, ni siquiera los mismos que lo publicitan o lo imponen a los países pobres. Viene a ser, como hemos tratado de mostrar en la Agenda Latinoamericana'98, la mentira más genial de este siglo.

El NL significa el avance de una economía que erige la libertad de mercado que favorece a los países y sectores ricos como un principio incuestionable, pone a los rendimientos macroeconómicos por encima de todo otro valor, exigiendo una emancipación de la economía sobre la ética, supeditando así a su servicio lo social y lo humano, considerando como sacrificios necesarios la marginación, el crecimiento de la pobreza y de la miseria, el crecimiento del abismo entre pobres y ricos, y la exclusión de una gran parte de la población. La solidaridad queda absolutamente fuera de consideración.

c) la depresión psicosócial

En cuanto a cifras de pobreza y de miseria el mundo está mal, mucho peor que hace unas décadas, pero hay más calma, y menos militancia, menos realidades alternativas. Las organizaciones populares están desarticuladas, los militantes desmovilizados. ¿Por qué no hay más compromiso de transformación social cuando hay más motivos que antes? Parece ya evidente que la militancia no obedece sólo a razones

y motivaciones intelectuales, sino también y muy fundamentalmente a razones del corazón, psicoafectivas y culturales.

Como en otro lugar hemos querido mostrar², hoy vivimos en una situación psicosocial de depresión. Las enfermedades no son sólo individuales, sino también colectivas y sociales. Después de todos los fracasos y decepciones vividas en los últimos años, nuestra sociedad vive una depresión que la lleva a temer todo compromiso de lucha por la solidaridad: la evasión, el espiritualismo, la estética, el pensamiento débil posmoderno, el cristianismo light, el individualismo a ultranza... son los síntomas del síndrome depresivo social en que vivimos.

Dos elementos particulares queremos destacar dentro de todo este contexto, como negación flagrante de la solidaridad:

- la deuda externa, que sigue creciendo a pesar de las operaciones cosméticas de condonación a que se le somete periódicamente en algunos países de entre los mas retrasados; deuda que se sigue pagando religiosamente con el hambre, la salud, la educación de nuestros pueblos; deuda que aún las Iglesias vacilan en reconocer como la forma actual de la usura internacional macroeconómica;
- las migraciones incontenibles de los pobres que huyen de la miseria, y los muros de la vergüenza redivivos con los que el Norte se protege frente a los nuevos bárbaros; el muro construido en la frontera mexicano-estadounidense, mayor y más sofisticado que el de Berlín, no avergüenza a los que calificaron a éste como «de la vergüenza»; sin ningún sentimiento de vergüenza, se sigue admitiendo la fuga de capitales y la fuga de cerebros, pero se quiere a la vez que los pobres se mantengan encerrados en sus jaulas nacionales. ¿Por cuánto tiempo?

² VIGIL, J.M., Aunque es de noche. Hipótesis piscoteológicas sobre la hora espiritual de América Latina en los 90, Editorial Envío, Managua, 1996; Verbo Divino, Bogotá 1996; traducción portuguesa en Brasil: Embora seja noite, Paulinas, São Paulo 1997.

III. «Creer como Jesús» ante la falta de solidaridad

En este segundo momento de nuestra reflexión no hace falta tanto juzgar la situación -juicio que cae por su propio peso- cuanto iluminar nuestra forma de creer cristianamente ante esa realidad: cómo habérmolas ante un mundo tan insolidario, precisamente en una hora histórica en la que tiene tantas posibilidades para la solidaridad.

Qué sea el seguimiento de Jesús, depende de qué imagen de él tengamos al querer seguirle. Los teólogos que redactaron los Lineamenta, por ejemplo, echaron mano de una imagen de Jesús muy alejada del Jesús que creen y adoran nuestras comunidades en América Latina. Aquel es un Jesús doctrinal, abstracto, casi sólo Dios, ahistórico... Pero nosotros creemos en el Jesús del evangelio, simultáneamente divino y humano, encarnado en la historia y apasionadamente escatológico, sin contradicción alguna.

Más aún: no sólo creemos en Jesús; para nosotros es cuestión sumamente grave creer como Jesús, es decir: habérmolas ante la historia con las mismas actitudes de fe con que Jesús se las hubo: teniendo frente a la realidad rebeldía y esperanza, utopía y realismo, indignación y ternura, lucha y contemplación, y todo ello desde la perspectiva del Reino como centro de todo.

Jesús no creyó en Dios como podían hacerlo los escribas o fariseos, muy apegados a la ortodoxia y a una piedad ritual pero poco o nada abiertos al sueño de Dios, su Reino, que estaba por irrumpir.. Jesús, al contrario, sintonizó y vibró con el Reinado de Dios -la realización de su voluntad sobre este mundo, ¡venga tu Reino!- como el centro mismo de su fe. Jesús leyó la realidad que le circundaba desde esa óptica. Sintió en carne propia -la «conmoción» en sus entrañas de que hablan con frecuencia los evangelistas- el dolor de sus hermanos. Hizo de la Buena Noticia a los pobres la misión de su vida. Se ubicó inequívocamente del lado de los pobres. Se negó a creer que aquella situación fuese el final de aquella historia, como la publicitada paz

romana de entonces se esforzaba por hacer creer al mundo. Y entronizó el Reino -¡la utopía de solidaridad de Dios mismo!- en su vida, dándole la primacía absolutamente por encima de toda otra fidelidad o compromiso...

Así se las hubo Jesús con la historia de su tiempo, así creyó él. Y así queremos creer nosotros. Como creería él hoy aquí, en este mundo mundializado, neoliberal y deprimido.

Como él, nosotros no podemos vivir sin la utopía del Reino: hay quienes afirman que en este mundo posmoderno ya no tiene cabida el pensamiento utópico, ni la ética, sino sólo la estética, el pensamiento light, el refugio en el fragmento... Nosotros preferimos creer como Jesús.

Como él, nosotros no podemos no optar por los pobres: hay quienes afirman que ya no hay clases sociales, que aquel pensamiento de las décadas pasadas era conflictivo y dialéctico. Nosotros preferimos creer, como Jesús, en los pobres y en los pobres de espíritu, en las bienaventuranzas y en las malaventuranzas simultáneamente, secundum Matheum et secundum Lucam.

Como él, nosotros no podemos creer sin un compromiso de transformación del mundo: hay quienes nos dicen que ya nada nuevo podemos esperar, que estamos en el final de la historia... Nosotros nos negamos a aceptar esta situación como el final de la historia, un final que para nosotros significaría solamente el fracaso de Dios y de la humanidad. Como Jesús, seguimos gritando apasionadamente cada día ¡Venga tu Reino!

IV. La solidaridad necesaria, o ¿Qué hacer, además de un Sínodo (de obispos o virtual)?

Si creemos como Jesús, si nos las habemos ante este mundo insolidario como él se las hubo respecto al suyo, si no queremos ser convincentes o «perros mudos», es claro que una serie de acciones o

actitudes se imponen frente a los desafíos mayores. Entre otras señalaríamos:

- Denunciar el NL, que no sólo no es neutro, sino que es antiético. Es pecado; y pecado «mortal, en cuanto que mata», por la exclusión que produce, la concentración de la riqueza y extensión de la miseria que provoca. El NL es el triunfo de la insolidaridad. Las Iglesias, como un todo, deberían unir sus voces contra el NL. (Pasma pensar qué pueda tener de mínimamente realista, cristiano y relevante para nuestro Continente, un texto como el de los Lineamenta, donde la palabra «neoliberalismo» -o alguna de sus equivalencias- ni tan siquiera aparece! Sin comentario). Luchar por conseguir una economía al servicio de lo humano y sometida a la ética -al contrario de como es la economía liberal-, es un imperativo ético, moral y cristiano inaplazable.
- El carácter insolidario de las relaciones Norte/Sur quedó ya definitivamente claro cuando la tensión este oeste con la que durante tanto tiempo se quiso ocultar desapareció. Rápidamente el tema va a necesitar reformulación, porque es deudor de planteamientos en los que todavía figura el concepto de estado nacional que, de hecho, está desapareciendo.
- Clamar de una vez por la cancelación de la Deuda Externa. Atrevernó a calificar como usura internacional la situación actual de tantos países pobres de cuyo producto bruto han de separar proporciones a veces superiores al 30 y al 40% para pagar unos intereses que ni siquiera van a permitir reducir la deuda. Siendo la forma moderna más despiadada del neocolonialismo o incluso de la servidumbre o esclavitud internacional, es llegada la hora en la que es preciso ponerle el nombre verdadero: usura internacional, intolerable

reedición moderna de la esclavitud. Celebrar un jubileo sin que tenga nada del contenido real de lo que fue en verdad el jubileo bíblico y el que anunció el nazareno como su propia misión (Lc 4, 16ss) no sería sólo absurdo, sino quizá blasfemo.

- Mantener la identidad de la Patria Grande frente a la homogeneización cultural y la disolución de las identidades; queremos un mundo unido y cada vez más solidario, pero no un mundo donde la unidad se convierta en uniformidad. Los indígenas, los negros, la mujer, los niños, todas las culturas e identidades están llamadas a expresarse y a rebelarse contra la macdonalización del mundo que está en curso. La identidad latinoamericana³ ha de ser mantenida y alimentada. Y no es cuestión cultural, sino de fe también⁴.
- Mantener la esperanza: en esta sociedad deprimida, desanimada, que arroja la toalla porque cree que ha llegado al final de la historia y que ya no se puede luchar por un cambio, la fe cristiana está llamada a creer como Jesús, es decir, con utopía, con esperanza, anunciando el cambio que Dios sueña para el mundo. No debemos plegarnos a la teología de la inevitabilidad, tan en boga actualmente. Si en otro tiempo la liberación consistía fundamentalmente en des-oprimir, hoy implica también des-deprimir.

La solidaridad puede ser un nuevo nombre del resumen de nuestros deberes cristianos de transformación de este mundo en

³ *Propuesta'96: Patria Grande y Patria Mundial*, Agenda Latinoamericana'96, Ediciones en 20 países, entre ellos casi todos los latinoamericanos.

⁴ Para ser latinoamericanamente cristianos, tenemos que ser cristianamente latinoamericanos... Cff. CASALDALIGA-VIGIL, *Espiritualidad de la liberación*, Conferre, Santiago de Chile 1993, 283pp; hay ediciones en otros once países del Continente.

dirección a la llegada del Reino. Y en ese sentido, es claro que Jesús es camino de solidaridad para nuestro Continente y para el mundo entero. Los religiosos, en tiempo de sínodo o fuera de él, con sínodo o sin él, oportune et importune, debieran ser -si es verdad que son dizque seguidores radicales de Jesús- apóstoles y profetas de la solidaridad cristiana, a tiempo y a destiempo, incluso en invierno como ahora...

